



Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Roncagliolo

El año en que nació
el demonio

© 2023, Santiago Roncagliolo
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de portada: Eduardo Ramón Trejo
Fotografía del autor: Richard Hirano

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2023
ISBN: 978-607-07-9786-6

Primera edición impresa en México: marzo de 2023
ISBN: 978-607-07-9788-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México –*Printed and made in Mexico*

**I. DE LA LLEGADA DEL MONSTRUO
Y LO QUE OCURRIÓ CON SU MADRE**

In Dei nomine amen. Sepan cuantos leyeren esto que yo, Alonso Morales, alguacil del tribunal del Santo Oficio, presencié el nacimiento del demonio en esta Ciudad de los Reyes, y sobre esos hechos, y todo lo que en torno a ellos acaeció, me propongo ofrecer testimonio en las siguientes páginas.

Creo firmemente en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero. Tengo fe en todo aquello que sostiene nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana. Y venero por guía y abogada en todos mis hechos, dichos y pensamientos a la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, Señora Nuestra. Por todo ello, hago y ordeno esta narración *ad perpetuam rei memoriam*.

Declaro, pues, que el hijo del Maligno se hizo carne entre nosotros una noche negra como ninguna otra, que confundía los caminos y nublaba el entendimiento.

A los mercaderes que se llegan a Lima siempre les llama la atención nuestro cielo brumoso y aburrido, como muerto. Dícese que en otras provincias del Imperio, por ejemplo en la isla La Española, el aire es caliente, los diluvios duran semanas y los huracanes se llevan pueblos enteros por los aires. En cambio, en nuestra Ciudad de los Reyes, el clima, aunque gris, es templado y benigno. No cae jamás lluvia del cielo. No agobian demasiado el frío ni el calor.

No obstante, en la noche referida, soplaba un viento del sur, helado y furioso, que apagaba las antorchas de los caminantes o, peor aún, extendía sus llamas amenazando con prender fuego a los hogares de los cristianos.

En medio de esa violenta tiniebla, sin velas ni lámparas de aceite para iluminar nuestra pequeña casa en la calle de Mantas, escuchaba yo a mi madre mientras pasaba las cuentas de su rosario de nácar y metal plateado, su más preciada posesión, alzando la voz de sus avemarías cada vez que un golpe de aire sacudía nuestros muros, como si pudiera acallar la cólera de los elementos.

Al final de cada plegaria, mi madre se detenía para anunciarme con voz trémula:

—Hoy se cae el cielo. Se derrumba. Y sus trozos hundirán nuestro techo.

A esos negros presagios yo solo podía responder, cubriéndome a la vez con el camisón y la manta, no tanto por frío como para no escuchar sus monsergas:

—Ya está bien, madre. No atraiga a la mala suerte, que de tanto llamarla, puede darle por venir.

—Esto no es mala suerte —replicaba ella, entrechocando las cuentas del rosario, o tal vez los dientes, como hacía cuando rumiaba sus penas—. Esto es castigo de Dios. Porque en esta ciudad, hay mucha gente mala. Hoy a todos nos tocará pagar. Justos o pecadores, no importa.

No eran nuevas esas palabras. Mi madre solía hablar de ese modo, sobre todo los domingos y fiestas de guardar, cuando le tocaba asistir al confesionario. Esos días, ya desde la mañana, se le agriaba el carácter, veía maldiciones y plagas caer sobre todo el mundo, y no importaba cuánto tratase yo de alegrarla con bromas y distracciones, ella se sumía en un humor espeso como un pantano, enumerando las calamidades que se abatirían sobre la humanidad.

Acostumbrado a esos arrebatos, la noche en cuestión, yo estaba dispuesto a ignorar su mal agüero. De no haber sido por el sonido atronador del viento, que silbaba entre

las ventanas y colaba su lengua de hielo en mi lecho, habría caído rendido al sueño.

Pero algo de razón le cabía a esa mujer. Acaso fuese una intuición mística. O solo casualidad. Sea como fuere, entrada ya la madrugada, cuando ella rezaba el enésimo padrenuestro con voz de angustia, varios golpes resonaron en nuestra puerta, como arietes intentando arrancarla de las bisagras. Y una voz desde el exterior llamó:

—¡Abrid!

Mi madre detuvo su oración. Se persignó una y otra vez, como para ahuyentar a un espíritu. Pero, aunque las cuentas de su rosario brillaban como luces en sus manos, esta vez no acompañó de rezos sus terrores. Guardó silencio, deseando que nuestro visitante pensara que no había nadie en nuestra casa. Como siuviésemos a dónde ir en esa noche inhóspita, o en cualquier otra. Fui yo quien tuvo que responder:

—¿Quién vive en esta hora innoble?

—¡Es la guardia! —me respondió una voz desde el exterior, apenas audible entre el vibrar del aire. Al escucharla, habría parecido que un ejército viril desfilaba por la calle, armado con arcabuces, escudos y alabardas en formación de combate. Sabía yo, sin embargo, que afuera me esperarían apenas dos jovencitos ateridos, con las espadas colgadas de cinturones que se les resbalaban hasta las rodillas, con el miedo pegado al cuerpo como un mal olor.

Me puse en pie, me enfundé las calzas y los borceguíes, escogí mi jubón más imponente, por no decir el único, y limpié mi espada antes de cargarla, como si alguien fuese a notar el brillo de su hoja en la cueva profunda de la noche. Confieso al Consejo Supremo, y a quien posare sus ojos sobre estas palabras que escribo, que me producía placer armarme y empuñar la vara del Santo Oficio, pues era sensible al vano espectáculo que me permitía mi autoridad. Humildemente, sin embargo, someto a consideración de Vuestras Mercedes que, aunque la vanidad sea pecado capital, se trataba en mi caso de una manifestación venial, insignificante,

que será perdonada el día del Juicio Final por deberse a la mayor gloria de Dios.

En esa ocasión, de todos modos, pocas razones tenía para ufanarme. Porque en tanto yo intentaba asumir la dignidad de mi posición inquisitorial, mi madre se me colgaba del cuello para impedirme abrir. Parecía ella como esos monos que traen de las selvas y exhiben en las plazas, unas bestezuelas que no son más que remedos de las personas y se prenden de los transeúntes para arrancarles limosnas. Y mientras tiraba de mi brazo, me insistía:

—No abráis la puerta. ¿Qué no veis que la desgracia quiere entrar?

—Quitad de en medio, madre. Solo faltaría que me acabasen apresando a mí.

Nada más salir, comprendí que no me había equivocado: los muchachitos que me esperaban en el exterior eran poco menores que yo mismo. Tenían el bigote limitado todavía a una rala pelusa, y, sobre todo, unos ojos de ternero llenos de pavor. Como para confirmar mis deducciones, más allá de algunos titubeos y balbuceos, ni siquiera eran capaces de explicar con claridad a dónde nos dirigíamos o por qué exactamente.

—Se han abierto las puertas del infierno —dijeron sin más— y han dejado salir a sus criaturas.

—Llevadme.

Nos pusimos en marcha azotados por el viento, de modo que cada paso era una lucha. Mis dos escoltas iluminaban el camino con teas ardientes que daban un aspecto fantasmal a las calles. Más allá del alcance de su luz, la ciudad asemejaba una inmensa caverna, sin duda, albergue de todas las conductas que no se atreven a exhibirse a la luz del día. Las sombras de pecadores, criminales y otras aves nocturnas se adivinaban por las esquinas y los callejones.

Atravesamos la Plaza Mayor, y luego la de Santa Ana, donde doblamos la izquierda hacia la zona conocida como Barrios Altos. Pensé que nos dirigíamos hacia los campos

de cultivo antes de las murallas, quizá para arrestar a algún judío prófugo, a algún indio idólatra que se escondiese entre los olivos o, peor aún, a algún inocente bebedor de chicha. Pues yo sé bien que los guardias son supersticiosos, y a menudo toman por maldiciones sobrenaturales lo que no son más que alharacas de borrachos.

Para mi gran sorpresa, nos detuvimos antes de llegar a los campos, en el último lugar donde se podía reclamar nuestro trabajo: frente al convento de Santa Clara, edificio bendito y consagrado al Altísimo, hogar de monjas dedicadas a loar su creación.

Bajo la luz estrecha de nuestras antorchas, la fachada del convento parecía extenderse hasta el cielo, ya que en la oscuridad no se veía su final, ni la imagen sagrada sobre el portal, ni el remate de sus campanarios.

—¿Aquí? —pregunté, seguro de que se trataba de un error de juicio de mis imberbes guías.

Ellos asintieron sin pronunciar palabra, y miraron fijamente hacia el muro, como si ahí mismo hubiese ya razones para temer. Ya que ninguno de los dos se movió, golpeé yo mismo las aldabas. Y con la voz más potente que pude, intenté imponer respeto:

—¡Alguacil del Santo Oficio! ¡Abrid en nombre de Nuestro Señor!

Nadie respondió a nuestro llamado. Yo conté hasta cien, tal y como parecía prudencial, y al no hallar réplica alguna, di el siguiente paso en la escala de las advertencias:

—¡Abrid o quemamos la puerta!

Poco habría podido quemar en realidad. Mis guardias tenían más ganas de volver a sus casas que de cualquier otra cosa, y no les resultaba para nada reconfortante presentarse con amenazas en un santo lugar, pues eran imberbes, pero no tontos, y sabían que se arriesgaban al mismo castigo por actuar que por no hacerlo. Sin embargo, la autoridad de la Inquisición no puede andarse con remilgos, ni pedir perdón por llevar a cabo su sagrada tarea. Y formaba parte de

nuestro deber ostentar firmeza, aunque no la tuviésemos en verdad.

Por fortuna, mientras trataba de ingeniar un modo de proceder, se abrió una ventanilla en medio del portón, y un rostro enmarcado por un velo de clarisa asomó ante nuestras antorchas. Tenía esa mujer una voz tan portentosa como la que yo intentaba fingir, y aunque no debía ser mayor que ninguno de nosotros, la dureza de su mirada no se correspondía con la frescura de su juventud. Sin duda, ahí todos teníamos la obligación de parecer mayores y más juiciosos de lo que nuestras edades nos permitían.

—¿Un alguacil? —Me despreció ella nada más verme—. ¿Dónde está el inquisidor? ¿Y el arzobispo?

—Si vinieran ellos, lo harían con más armas. Soy yo el enviado. Daos por bien servida, señora, y no interfiráis con la labor del tribunal. Sabéis las penas que eso conlleva.

La ventanilla volvió a cerrarse ante mis narices, y durante un minuto me pregunté a cuánta fuerza tendría que recurrir para irrumpir en el convento, y cuáles serían las consecuencias de tales actos. Quiso el cielo que no fuese necesario darles más vueltas a esos pensamientos, pues en el tiempo en que un gato se lame el cuerpo, el portón se abrió ante nosotros, y la monja, que ahora llevaba un candelabro en la mano izquierda, nos invitó a pasar con un gesto de la derecha.

—No hay tiempo para cavilaciones —anunció—. Pasad, pero sed prudentes. No podéis guiaros por vuestra experiencia. Lo que ha pasado aquí no se había visto antes.

Nos llevó esa mujer a través del templo, hacia el coro bajo. Recorrimos varios pasillos estrechos. Y finalmente, ya al aire libre, la seguimos por confusos laberintos cuyo trazado no pudimos entender con claridad.

El revuelo se extendía por todo el convento. Aquí y allá, a lo largo del camino, las clarisas vestidas con hábitos negros, que son los de las monjas más principales, y hábitos blancos, que son los de las menos, se nos cruzaban y

se daban vuelta, sin duda ahuyentadas por la presencia de hombres desconocidos, armados y presurosos en esas horas sin luz. Comprendí que la monja que nos guiaba llevaba el hábito de las que llaman «donadas», las más bajas de entre las monjas, que mandan aún menos que las de velo blanco. Admito a Vuestras Mercedes del Consejo Supremo que, en mi vanidad, yo mismo me decepcioné de ser atendido casi por una criada, lo que solo podía significar que nuestra tarea no era tan importante al fin y al cabo.

Pero en esto, como en muchas otras cosas de esa noche, me equivocaba.

Por fin llegamos a un salón muy grande, que debía servir como dormitorio de las novicias, ya que en la puerta se amontonaban decenas de muchachas, todas de la misma edad inocente de mis dos guardias. Vestían todas camión y llevaban el pelo inusualmente descubierto, lo que demostraba que se hallaban en un gran apuro, porque las reglas de la clausura les prohibían exhibirse de aquella manera. En efecto, todas daban voces y se persignaban, con lágrimas en los ojos, mientras el viento amenazaba con arrancarles los ropajes.

No me cabe duda de que, en circunstancias diferentes, mis inexpertos escoltas habrían desperdiciado su tiempo en galanteos con esas mozas, sin considerar siquiera su consagración a la vida religiosa, pues ese es el peligro que tienen las mujeres: que su sola vista despierta la parte animal de los caballeros y les hace perder el sentido moral.

Cómo estarían de asustados mis hombres, sin embargo, que no repararon apenas en tentaciones, sino que se detuvieron ante la puerta del dormitorio, como dos caballos ante un barranco. Y mirando hacia el interior como si se hubiesen encarado con el abismo, se negaron a dar un paso más.

—¡Adentro! —exclamé, aunque yo mismo albergaba dudas, viendo el terror de las novicias. Sordos a mis órdenes, mis guardias bajaron la mirada y, sin abrir la boca, juntaron los pies, diciendo de ese modo que no pensaban

moverse de su sitio. Y entonces, para mi sorpresa, y para mi deshonra también, fue la voz de la monja que nos había recibido, y que aún llevaba en la mano el candelabro, la que se alzó entre los llantos, los lamentos y la zozobra general:

—¿Y vosotros sois nuestro tribunal de la Inquisición? ¡Si parecéis pollos de gallinero! ¿Habéis venido a pasear acaso?

Se dio vuelta ella entonces y entró en el aposento, con más valor y decisión que esos dos incapaces. Por mi parte, humillado por su actitud, no encontré tiempo de pensar mis palabras ni mis actos. Estaba en cuestión el honor del Santo Oficio, y movidos por esa responsabilidad, mis manos y mis pies se adelantaron sin pedir permiso a mi cabeza. Arrebaté la antorcha de uno de mis guardias y avancé hacia la puerta.

Abrieron las novicias un pasillo para dejarme paso, y solo al llegar al umbral, trastabillé, dudoso de estar haciendo lo inteligente o lo cuerdo. Pero me dije que en todo caso hacía lo justo y correcto. Y, por último, que la vergüenza de dar marcha atrás en ese instante me habría impedido seguir haciendo mi trabajo ante Dios y ante mis subordinados. Así que entré.

Tenía el dormitorio forma de cruz: un ancho pasillo cortado por otro en el centro. Junto a las paredes, se extendían dos hileras de lechos, una frente a mí, otra a mi derecha, con las mantas revueltas y los colchones en el suelo, abandonados en medio del pánico y la angustia. Un olor extraño, como a vísceras de carnicería, flotaba en el aire. De pie en el cruce de los pasillos, la monja donada me esperaba para doblar la esquina. Había en su mirada algo de miedo, pero también un tanto de desafío.

Nos internamos en el pasillo cruzado. Desde las sombras del fondo, llegó a mis oídos el gemido de un animal herido, acaso un perro enfermo aullando de dolor. Caminamos hacia allá lentamente. Yo llevaba la vara de alguacil por delante, no tanto para iluminar la sala como para repeler cualquier ataque. Al gemido original se sumaron gorgoteos, como los de los gallinazos cuando mordisquean a los peces muertos a la orilla del mar. Conforme nos acercábamos al final, sentía yo que el calor aumentaba, el olor se volvía más punzante, y nuevos sonidos rodeaban a los anteriores: ronquidos, respiraciones, lloriqueos...

Al fin, llegamos al último lecho. Ahí encontramos a la fuente principal de los gemidos. Acostada sobre las mantas, en medio de un charco de lo que parecía sangre y agua, y quizá otros líquidos viscosos provenientes de su propio

cuerpo, una mujer completamente desnuda lloraba. Su rostro, su cintura, sus pechos se veían manchados, como por una brocha gorda y descuidada. Cuando nos acercamos, los ojos de la mujer se posaron sobre nosotros, y yo entendí que era muy joven, sin duda, una novicia como las otras, aunque ella no dio señales de vernos. No montó en cólera. Tampoco pidió ayuda. Solo volvió a desviar la mirada hacia el lecho de al lado, de donde provenían los otros ruidos.

La monja y yo seguimos a esos ojos. Al principio, no creímos ver sobre esas mantas más que las almohadas, sin duda duras y ásperas de las novicias. Pero el bulto comenzó a moverse. Emitió toses y ronroneos, que subieron de tono hasta convertirse en un llanto agudo, como el de los cerdos durante las matanzas. Y luego ya no fue uno, sino dos llantos. Porque lo que yacía sobre esas mantas, también rodeado de manchas rojizas y marrones, estaba vivo. O acaso debo decir que «estaban vivos».

Dos monstruos pegados. O un monstruo con dos cabezas. Y cuatro brazos. Y también cuatro piernas. Sus extremidades repugnantes se movían más conforme sus dos voces sonaban más altas, hasta hacernos temblar los oídos con sus quejidos espeluznantes. Su único tronco se sacudía, y por un instante temí que saliese volando como un murciélago y se arrojase sobre nosotros.

Háblase mucho en estos reinos sobre todo tipo de monstruos, demonios y apariciones. En las tabernas, los marineros del Callao pagan sus vasos de vino con historias alucinantes sobre serpientes de mar gigantes y calamares que pueden atrapar a un barco entre sus tentáculos. En San Juan de la Frontera de Chachapoyas, donde terminan las tierras encomendadas a cristianos y comienza la jungla más tupida, los frailes aseguran haber visto hombres peludos y enormes, como monos gigantes, que roban comida y mujeres para luego desaparecer en la espesura. Mi propia madre asegura que los espíritus de sus parientes muertos le hablan en sueños y merodean por nuestra calle. Pero mis ojos jamás

han visto tales alimañas y, hasta la noche del convento, tomaba todas esas historias por trampas para engatusar a bobos e ignorantes. Solo en ese dormitorio de novicias, de pie frente a esa deformidad contrahecha, entendí que el Mal sí puede presentarse ante nosotros encarnado en un cuerpo, y así como es repelente su naturaleza inmaterial, su cuerpo escoge la apariencia física de un engendro para manifestarse a la vista humana.

A punto estuve de darme la vuelta ahí mismo y marcharme lejos de esa siniestra criatura. Solo me retuvo la certeza de que correspondía a mi vara de alguacil mantener la dignidad y el aplomo. La monja, al parecer inmune al temor, no se movió una pulgada de su lugar. Muy por el contrario, con la voz llena de autoridad, exigió:

—Ahora lleváoslos.

Mientras me reponía del estupor, solo conseguí preguntar:

—¿A dónde?

—A donde os plazca. Este es un lugar consagrado a Dios. Está claro que esta bruja nos ha engañado y ha tenido trato carnal con el Maligno. No podemos mantenerla con nosotras. Ni a ella ni al fruto de su vientre.

Al responderme, la donada se santiguó una y otra vez, tratando de borrar con la cruz sus menciones al demonio.

Aún acostada sobre su lecho, con el cuerpo en apariencia inmóvil de agotamiento y espanto, la otra mujer dejó escapar un largo lamento:

—Nooo... no es verdad...

Pero la donada la cortó sin miramientos, con una voz que sonó como el golpe de una piedra:

—Vos no debierais alzar la voz. Vuestras explicaciones ya no son para nosotras. Ahora estáis sola. O con vuestro amante, el íncubo.

Hablaba esa mujer con demasiada autoridad para tratarse de una simple donada y, aun así, debía tener el permiso de sus superiores. Difícilmente podría actuar de espaldas

a las autoridades del convento en medio de semejante escándalo.

Como algo tenía que hacer, me volví hacia la mujer acostada:

—¿Cómo os llamáis? —quise saber.

Sin dejar de surcarle las lágrimas entre los otros líquidos que sudaban de su piel, la novicia declaró:

—Ignacia de San Juan...

Pero la otra, con la misma severidad de antes, la corrigió:

—¡Ignacia Prieto! El otro es su nombre entre estas paredes. Pero nuestra puerta no volverá a abrirse para ella.

Por toda respuesta, la novicia soltó un bramido de dolor y vergüenza. En la cama de al lado, el pequeño demonio la acompañó en su grito.

—La llevaremos a nuestras mazmorras —concedí—. La interrogaremos ahí.

Como si me hubiera oído confirmar el arresto de su madre, el monstruo dejó escapar un ruido animal con una de sus bocas. Bajo la tenue luz de mi antorcha, me pareció percibir que tenía una lengua bífida como las de las serpientes. La donada lo señaló con su candelabro:

—¿Y eso?

Resoplé. Alcé las cejas. Me aclaré la garganta. Por fin, resolví:

—Viene también.

Hube de salir y meter a los guardias a rastras al dormitorio. Uno de ellos intentó salir corriendo y tuve que cogerlo del pescuezo. Advertí por el olor que emanaba que se había hecho sus necesidades líquidas encima, a tal descontrol lo había llevado el miedo. Decidí que reportaría sus faltas al inquisidor a la mañana siguiente, pero que, de momento, necesitaba sus brazos para llevarme a la bestia y a su madre endemoniada. Al fin y al cabo, a mí también me producía espanto tocarlos y, más aún, acompañarlos.

Los guardias cubrieron a la dicha Ignacia con una manta, porque la donada se negó a permitirle vestir un hábito y

un velo de clarisa. Ni siquiera le pasaron un trapo con agua para limpiarle las manchas.

Metieron al engendro en un costal de yute, de los que se usaban para cargar los víveres. No paró de berrear y chillar, más fuerte si cabe.

Antes de abandonar el dormitorio con nuestros extraños prisioneros, pedí a la monja:

—Que las monjas se encierren. No queremos que rompan de nuevo sus votos de clausura.

Accedió la dicha mujer, y con la misma autoridad que hasta ahora había mostrado, desapareció en el laberinto, seguida por las novicias llorosas. Después de un rato, vino a decirnos que todo estaba listo. Entonces salimos de nuevo.

Atravesamos de vuelta los laberintos, ahora silenciosos como sepulcros. También el viento había amainado, seguro que aplacado por nuestra captura. Su soplido furioso había quedado transformado en una brisa suave.

Al final, cuando salimos a la calle por el mismo portal por donde habíamos ingresado, nos recibieron los trinos de los primeros pájaros del alba. Habríase creído esa una madrugada agradable, y hasta apacible, de no haberse oído los sollozos de la novicia semidesnuda. Ni los forcejeos y gritos del demonio, que intentaba liberarse de su costal como un gato salvaje.

—Ahora es vuestro —sentenció nuestra anfitriona. Y ya iba a cerrar el portal y a despedirse de esa noche aciaga cuando la detuvo mi pregunta:

—¿Cómo os llamáis vos? Nos preguntarán quién nos recibió en el convento. He de decir un nombre.

Por primera vez en nuestro encuentro, la donada dudó. Miró a un lado y otro, como buscando una salida.

—Yo no soy nadie —murmuró, como si a su voz se le hubiese escapado el don de mando—. Solo una sierva de Dios.

—Sois quien nos ha entregado a Satanás —le discutí—. No es poco mérito.

Y entonces, mientras ella titubeaba, intuí por primera vez bajo el velo unos labios gruesos, unos ojos muy redondos. Menos la nariz, delgada y respingada hacia el cielo, en ese rostro todo parecía demasiado grande. Incluso diría que demasiado provocador para tratarse de una monja.

—Jerónima de San Francisco —soltó por fin, y rápidamente, mientras cerraba el portón, se despidió—. Id con Dios.

Apenas unos minutos nos separaban del edificio del tribunal, que se encuentra junto a la universidad y el hospital de mujeres españolas. Emprendimos el camino aún alerta, porque uno nunca debe creer que ha vencido ya al Mal. El diablo guarda siempre nuevas tretas para confundir nuestros sentidos.

Volvíamos por la calle que lleva hacia Desamparados, cuando percibimos a nuestras espaldas la luz de nuevas antorchas. Sospechamos que debía tratarse de un sereno en su ronda nocturna, y nos detuvimos, para no despertar sus sospechas ni propiciar un altercado. Acaso podríamos pedirle que se sumara a nosotros como refuerzo hasta entregar nuestra carga maldita en destino.

Cuando la lumbre aún se hallaba lejos, se añadió a ella el sonido de una carroza: las ruedas rebotando sobre los adoquines, los cascos de sus caballos acercándose a todo correr entre las fachadas. Al principio, se trataba de un rumor lejano pero, aun así, extraño a esas horas. En cuestión de instantes, quedó claro que el vehículo venía por la misma calle que nosotros, quizá en dirección a la Plaza Mayor. Levanté la mano para advertirle al conductor de nuestra presencia. Sin embargo, no dio señas de importarle. Ni siquiera bajó un poco la velocidad. Parecía que se nos echaba encima.

—¡Quietos! ¡Es la autoridad!

Alcé en el aire la vara que me identificaba como alguacil. Al ver que los caballos no reducían la velocidad, salté hacia un lado, hasta una pared, tratando de esquivar el golpe, por si no llegaban a ver, o les traía sin cuidado, el símbolo de este sagrado tribunal.

Cuando ya parecía que nada la detendría, la carroza se detuvo apenas a un paso de nosotros. Tan cerca, que me salpicaban las babas que los caballos sacudían de sus hocicos. Los colores de la carroza se intuían oscuros, porque apenas se veía nada tras las teas de su frente. La mayor parte de la estructura, de hecho, parecía disolverse en la noche. Montado sobre uno de los caballos, el conductor, vestido todo de negro y con la cabeza cubierta por un sombrero, guardó silencio, sin disculparse ni ofrecer una explicación. Juraría que oí castañetear los dientes de los dos cobardes que venían conmigo. Yo, en cambio, muy enfadado, me enfrenté con ese bruto imprudente:

—¡Habéis estado a punto de arrollar a una patrulla del Santo Oficio! ¿Qué hacéis aquí a estas horas y con estas prisas si no es negocio que se deba llevar a oscuras? ¡Decidme! ¿En qué ofendéis a Nuestro Señor?

Solo el silencio me respondió. Y la penumbra. Y la incertidumbre. Incluso la novicia poseída se había quedado callada. Aparte de la bestia, que se revolvía y chillaba en su bolsa, el mundo a nuestro alrededor parecía muerto.

—¡Hablad! —insistí—. O bajad de ahí y entregaos prisionero.

Uno de los animales sacudió el cuello nervioso, haciendo llover sobre mí nuevos y espesos goterones. Su jinete lo contuvo, pero no pronunció palabra. Solo entonces acudió a mi mente que ese hombre no estaba ahí para decirnos nada. Se hallaba ahí esperando algo. Y si pretendía distraernos mientras aguardaba, ese algo debía llegar por el otro lado, a nuestras espaldas.

Pero entonces ya era tarde para dar la alarma o preparar una defensa.

Cuando me di vuelta para mirar al otro lado, ya se encontraban ahí dos soldados, o sicarios, o lo que fueran. Uno de ellos llevaba una espada, que atravesó de parte a parte a aquel de mis hombres que guiaba a la novicia. Al ver el metal brotar por el pecho de su custodio, dejó ella escapar un grito

de espanto, pero el atacante no hizo gestos de escucharla. Sin apenas preocuparse por el cuerpo del hombre que se derrumbaba hacia el suelo, el criminal arrastró a la mujer tirando de su oreja hacia un lado de la carroza. Y como yo intentase acercarme a liberarla, llevando mi mano al sable, me apuntó con la punta de su arma al rostro.

—Somos demasiados para vos —advirtió, y de verdad parecía ser capaz de rebanarme el cuello como una hogaza de pan—. No os dejéis la vida por una perdida como esta mujer.

Ya habrían sido demasiadas vidas, porque mientras este se llevaba a la novicia Ignacia, otro más se llegaba con una daga hasta donde se encontraba mi otro guardia, el que olía a meados. Este nuevo asesino se colocó a espalda de mi joven ayudante y, sin mediar siquiera amenaza, le cortó la garganta de un solo tajo, haciendo emerger un chorro de sangre hacia el suelo como si se tratase de una catarata. Y aunque mis hombres habían sido jóvenes y asustadizos, juro al cielo que no quería yo verlos muertos, y que habría hecho todo lo que en mi mano estuviese para salvarlos de tan cruel destino.

Menos luz quedó en la calle después de la caída de mis hombres, pues una de sus antorchas se alejó rodando por el suelo y la otra se hundió en un charco, donde el agua y el lodo apagaron su fuego. Bastaba la que yo empuñaba, sin embargo, para distinguir las puertas de la carroza, que se abrieron y recibieron a bordo a esos esbirros con sus siniestras cargas.

—¡A la guardia! —llamé dando voces en busca de alguna ayuda—. ¡Al sereno! ¡Aquí hay ladrones que roban a la misma Iglesia!

Como despertando de un largo sueño, el conductor de la carroza se agitó y estrelló su látigo contra los lomos de los caballos, que se echaron al galope. A poco estuvieron de pasar por encima de mí una vez más, y esta vez sí, de no haberme apartado del camino, habría acabado entre sus cascos con la cabeza rota o el pecho hundido.

Mientras salvaba la vida, pude ver, sin embargo, tras las espaldas del silencioso conductor, un fragmento de escudo familiar tallado en la madera de la carroza, en el que figuraba un león, aunque ni un ápice más de dicho emblema se dejaba ver entre la tiniebla y el espanto.

El episodio todo tomó apenas unos momentos, no más de lo que toman las gaviotas de la catedral en descender a robarles migas de pan a las palomas. Después, la carroza se alejó, a tal velocidad que el suelo rugoso de la ciudad la empujaba a veces a golpearse contra las paredes de las casas.

Caí de rodillas sobre un charco, para dejar escapar el miedo de mi pecho, y contemplé lleno de rabia la obra de los criminales, mientras intentaba recuperar el aliento y detener el golpeo incesante de mi pulso.

Los serenos llegaron poco después, para preguntar qué había pasado y recoger los cuerpos. Las primeras luces del alba nos pillaron a todos aún ahí. Y cuando los primeros mercaderes salieron de sus casas a faenar, mancharon sus suelas en la sangre, toda mezclada ya con el barro y la desgracia, y la muerte, y la pesadilla, y las mil maldiciones que se cernían de repente sobre nuestra Ciudad de los Reyes.